

UNA NOTA SOBRE EL ACENTO

Una herencia discriminada

María Redondo Martínez

Cada verano que vuelvo del pueblo de mi madre, Rambla del Agua (Granada), su acento resurge de entre las cenizas. Resulta que el acento es una parte de nosotros y este es capaz de volver en cualquier momento de nuestra vida, pero, sobre todo, dicho acontecimiento se produce cuando el ser humano retoma contacto con su pasado, el cual está ligado a otro entorno lingüístico o cultural. Pero ¿es posible que esta persona que recobra el acento temporalmente tenga conflictos en otro entorno?

En el mundo existe una gran diversidad de seres humanos, lo cual quiere decir que también hay una gran variedad de culturas y códigos mediante los que podemos manifestarnos. De este modo, puede haber una convivencia en armonía, pero también pueden darse casos de discriminación lingüística, que es un “fenómeno lingüístico por el cual una persona o grupo social sufre debido a la lengua en la que se expresa o por sus particularidades lingüísticas”. Esta discriminación aparece acompañada de unos juicios de valor un tanto irrespetuosos, igualmente llamados prejuicios lingüísticos, esto es, una “valoración previa normalmente negativa de una lengua o habla concreta”. Según Richard Hudson, ex profesor de lingüística de la UCL (University College London), estos prejuicios ocasionan problemas sociales como la estigmatización o marginación, pero asimismo son beneficiosos, ya que constituyen un elemento esencial de la interacción social.

Mi madre, a causa de su acento, vivió diversas situaciones en las que su forma de hablar era más importante que el mensaje que podía ofrecer, y siempre le recriminaban lo inculta que parecía y lo graciosa que era. Es indignante ver cómo te clasifican y te humillan por algo que has heredado de tu tierra y familia, que es parte de ti y que vivirá contigo si tú decides preservarlo. El acento es algo por lo que no tienes que sentirte inculto, ni mucho menos poco valorado; cada hablante tiene sus características lingüísticas y su forma propia de comunicarse, y no por ello uno es mejor que el otro, puesto que... ¿quién podría decir que su forma de hablar es la correcta y no otra?

En definitiva, el acento es una herencia que no debería categorizar a ninguna persona de forma despectiva, sino una característica como hablante de los pertenecientes a un determinado entorno o grupo social. Por esa razón, todo ser humano que posee acento debería recordar las palabras del escritor y periodista español Miguel-Anxo Murado en *La Voz de Galicia* (“Acentos”, 25-12-2018) para quien “el acento, si se lleva con orgullo, es un regalo”.

